

En el seno del Consejo Médico Legal, del que era presidente, estudió en diversos informes la interpretación que debiera darse á algunos artículos de nuestro Código Penal, y basándose siempre en la justa apreciación de los hechos debidamente esclarecidos, resolvió las cuestiones que fueron sometidas á su elevado criterio.

Señores: hombres de la talla de Agustín Andrade, que á un talento notable y recto juicio, reunía un gran amor á la ciencia, y era justo y severo en el cumplimiento de sus deberes, difícilmente llegan á reemplazarse, y por lo tanto debemos lamentar su pérdida como lo hace hoy esta Academia, á la que por mi conducto se asocia la Escuela de Medicina. Lloremos, sí, la muy sensible pérdida que en su persona ha sufrido nuestra querida patria; pero á la vez debemos sentirnos orgullosos porque pudimos contarlos en el número de sus amigos, y porque nos corresponde legar á la posteridad su nombre, para que siendo siempre respetado, ocupe en la historia el lugar que le pertenece como sacerdote de la medicina y como sabio distinguido.

NICOLÁS R. DE ARELLANO.

Discurso pronunciado por el Sr. D. Luis Pablo Bustamante á nombre de la Sociedad Filoiátrica.

SEÑORES:

Si para desempeñar cumplidamente el encargo que se sirvió hacerme la Sociedad Filoiátrica, fuesen factores indispensables la inteligencia y el saber, no lo hubiera aceptado. Pero si basta estar poseído de un justo pesar; si es suficiente tener la íntima convicción de que hemos sufrido irreparable pérdida, de que los estudiantes de Medicina lamentan que la implacable muerte les haya arrebatado uno de sus más queridos maestros, creo que podré desempeñar el papel que sin merecerlo se me ha conferido.

Si los sentimientos que abrigan los miembros de la Sociedad Filoiátrica pudiesen tomar por mi conducto una forma que fielmente los pintara; si mi voz pudiera traducir el intenso, el sincero pesar que llena sus corazones, serían mis palabras lamentos, mis expresiones fúnebre armonía.

Parece que el genio destructor se ha complacido en arrancarnos nuestras más legítimas glorias, en hacer nuestros pesares tanto más amargos,

cuanto que apenas se han secado nuestras lágrimas sin que por eso haya terminado nuestro dolor, cuando un nuevo golpe nos hiere é inunda nuestros ojos con el llanto que emana de nuestros corazones.

No hace mucho tiempo llorábamos al sabio inmortal, al práctico eminente, al médico filántropo, al esclarecido maestro R. Lucio, y con su irreparable pérdida quedaba entre nuestros maestros un vacío difícil de llenar, las ciencias médicas se ponían de luto, los médicos, esos campeones de titánica lucha se cubrían de crespón, y la humanidad, al darle el último adiós le enviaba la más inequívoca manifestación de su agradecimiento.

Hoy que aun quedan en nosotros las señales de nuestro luto, en virtud de esa ley fatal ante cuya verificación protesta el alma, un sabio más, otro maestro querido termina su laboriosa vida; y al privarnos del sólido apoyo que prestaba á nuestros vacilantes pasos, al extinguirse la luz que emanaba de su cerebro y nos mostraba el escabroso camino que tenemos que recorrer; nos hace sentir de un modo palpitante lo que valían sus consejos y su experiencia, lo que significaban sus nobles ideas y su levantada rectitud.

Sí, Señores: el Dr. Andrade, el diestro cirujano, el hábil oftalmologista, el médico-legista experimentado, uno de los fundadores de la primera Asociación científica de la República, el antiguo presidente de la Sociedad Filoiátrica, tiene mil títulos á nuestra gratitud y á nuestra admiración.

Consultad sus trabajos en el órgano de la Academia de Medicina, y podréis, lo que es superior á mis deficientes fuerzas, precisar su alto valor científico, apreciar su constancia inquebrantable. Buscad á sus enfermos, interrogadles, y veréis con qué paternal solicitud en medio de su habitual circunspección, procuraba devolverles la salud perdida y arrancarles al tenaz sufrimiento. Preguntad á sus amigos, y os dirán cuánta era la nobleza de su corazón, la firmeza de su carácter, la seguridad en sus actos todos; os dirán si abrigaba en su pecho tiernos sentimientos, si era buen hijo, esposo cariñoso, sincero amigo. Preguntad á sus discípulos, y sabréis qué exactitud en el cumplimiento de los sagrados deberes del magisterio; qué empeño en simplificarles, valiéndose de un método seguro, sus difíciles tareas; cuánto cariño y cuánto respeto les inspiraba. Sabréis también por ellos, que en las actas de la Sociedad Filoiátrica, en cuyo nombre vengo á emitir mis pálidos conceptos, se encuentra la genuina expresión de su actividad, la manifestación clarísima de su empeño por el adelanto de esa Corporación que le inspiraba las más vivas simpatías. Le encontraréis el amigo de sus discípulos á quienes estimulaba con su ejemplo, procurando matar ese monstruo que lamentablemente forma parte de nuestro carácter nacional: la apatía, que más de una vez ha amenazado de muerte á esa Sociedad, cuyos filantrópicos fines, cuyas miras progresistas, procuró An-

drade mantener como un fuego sagrado, consagrándole gustoso las horas que hubiera podido utilizar para el descanso tan necesario á su quebrantada salud.

La vida del Dr. Andrade fué como su muerte: el cumplimiento del deber.

Con razón lamentamos su muerte, con razón vivirá su memoria en todos sus discípulos.

Por eso la Sociedad Filoiátrica, asociándose al luto de la Academia de Medicina, al luto de la sociedad entera que le ha contado en el número de sus distinguidos miembros, me encomienda que me haga eco de sus sentimientos, que exprese públicamente su pesar.

Pero en vano pretendería conseguirlo, en vano me esforzaría en revestir las ideas de mis consocios con el espléndido ropaje que merecen. Solo puedo expresar en su nombre á la Academia de Medicina y al público médico que me escuchan, que los discípulos del Dr. Andrade nos hacemos sus solidarios en el pesar; que en su dolor se les une la juventud, esa juventud que abraza el culto de los grandes hombres y de los grandes principios; la juventud que con ese culto eleva su alma y sublima su pensamiento.

Mayo 3 de 1887.

LUIS PABLO BUSTAMANTE.

Discurso pronunciado á nombre de la redacción de la *Voz de Hipócrates*, en la velada fúnebre que la Academia de Medicina de México consagró á la memoria del ilustre Dr. D. Agustín Andrade, el día 3 de Mayo de 1887.

SEÑOR PRESIDENTE: SEÑORES:

Un tributo de justicia, de noble justicia, nos reúne en este recinto; venimos á ensalzar la memoria de uno de los hombres que en el silencio de su modestia, fué en México el apóstol de la ciencia y de la caridad.

Venimos á evocar santos recuerdos, porque el saber y la virtud son lo más respetable que existe á través de la evolución y de los sucesos mundanos.

Cuando se trata de un sér que, como el Dr. D. Agustín Andrade, pasó por la escena de la vida, dejando una estela de luz, se comprende y deplora cuán raquítico y mezquino es este pequeño viaje que hacemos en las